



## SE VAN LOS FRANCESES LUISA FERNANDA ESCALADA CUADRADO

(ACCÉSIT EN EL I CERTAMEN DE RELATOS HISTÓRICOS “PALLANTIA”)

—¡Se van los franceses! ¡Se van los franceses! —anunció Tomás el Macero, asomando a la taberna.

Marcos, que salía de la cocina con una frasca de vino, se quedó inmóvil cuando lo escuchó. Tomás el Macero, que trabajaba en el Ayuntamiento, siempre estaba bien informado y en la taberna les tenía al tanto de todas las novedades que acaecían en Palencia.

—¿Cómo que se van los franceses? —preguntó Luis, un cerrajero que era asiduo al establecimiento.

Tomás el Macero llegaba acompañado por su cuñado, Alfonso el Escribano, y se acercaron a la barra sobre la que Marcos había dejado la frasca. Allí, mirando a los parroquianos, Tomás el Macero repitió:

—¡Ya no queda ni un francés en Palencia, se han ido todos!

La clientela empezó a aplaudir y a gritar en una manifestación espontánea de alegría.

—¡Pero si ayer estuvo aquí el Rey! Yo mismo lo vi cuando pasaba revista a las tropas en la Puerta del Mercado. Bueno, él estaba más allá, por el Parador del Espejo —comentó un mozo de cuerda, sentado en un banco corrido ante una mesa.

—Pues yo pensé que era una visita para conocer Palencia —dijo, desencantado, un yesero que tomaba un clarete.

—¿Conocer Palencia? ¡Pues sí que le importan a él Palencia y los palentinos!

—exclamó Tomás el Macero—. Venía de Madrid, de paso hacia Francia, y se lleva todas las tropas.

¡Por fin se iban! Llegaron cinco años antes, en 1808. Fue el 14 de enero, Marcos no lo olvidaba porque aquel día era el santo de su padre, san Félix. Se había publicado un bando pidiendo a los palentinos que tratasen bien a las tropas francesas porque el rey Carlos era amigo del Emperador francés, que quería invadir Portugal y necesitaba cruzar España para llegar hasta allí. Se desplazaban a Palencia desde Valladolid para proteger la Tierra de Campos, decían. Muchos vecinos acudieron a la Puerta de San Lázaro para recibir a las tropas de Napoleón y, algunos parroquianos que habían asistido a la entrada de los soldados, al día siguiente comentaron en la taberna su desilusión: el glorioso ejército francés estaba formado por soldados de 18 y 19 años, sin más armas que la bayoneta enfundada, y muchos de ellos estaban enfermos. Tomás el Macero lo corroboró: habían ingresado en el Hospital General de la calle San Juan de Dios unos, y en el de San Bernabé y San Antolín otros. También informó de que entraron en Palencia 600 jinetes y 3.000 infantes. En la taberna, la clientela no acababa de creerse que fueran tantos, pero se despejaron las dudas cuando trascendió que habían requisado el convento de los Dominicos y el de los Franciscanos para hospedar a los soldados; los oficiales fueron instalados en domicilios de familias ricas. Desde el primer momento, los actos de los franceses

requisaron sábanas y colchones por la ciudad y vaciaron los graneros y las bodegas a cargo de la Hacienda palentina. El Ayuntamiento poseía dos montes, 86 obradas de tierra, cinco casas, el teatro, pozos de nieve y diversos solares que le proporcionaban buenos ingresos, pero fue insuficiente para alimentar a los soldados franceses y tuvo que subir impuestos. Todo ello motivó que los ciudadanos no se reprimieran a la hora de maldecir a los invasores, siempre que no hubiera cerca algún afrancesado. Uno de ellos, Sabino, discutió un día en la taberna con varios clientes que despotricaban contra los gabachos, y no volvió por allí.

La taberna, ubicada frente a la iglesia de san Lázaro, pertenecía a la familia de Marcos desde que su padre, que empezó de niño trabajando en ella, se la compró a la viuda del dueño cuando este falleció sin hijos que le sobrevivieran. En la taberna se reunían los vecinos al acabar el trabajo, puesto que no estaba permitido hacerlo en horario laboral, y allí disfrutaban de la conversación mientras tomaban un vino o una cerveza, que acompañaban con aceitunas, anchoas y diversos encurtidos. La taberna servía también comidas y cenas a viajeros que llegaban a la capital para realizar gestiones administrativas, comerciales o de cualquier otro tipo. Se trataba de un negocio familiar que sacaban adelante los padres y los hijos, que eran cinco: Marcos y sus cuatro hermanas; todas ellas trabajaron en la cocina de la taberna hasta que se casaron. La mayor, Eusebia, vivía por la zona del Batán de San Sebastián, cerca de la instalación donde trabajaba su esposo, a orillas del río, extrayendo de la tierra el salitre con el que luego fabricaban la pólvora en una empresa murciana. Tenía seis hijos, al igual que su hermana Petra, que vivía en Dueñas. La pequeña, Mónica, era madre de tres hijos y residía en Villamuriel. La última que abandonó el domicilio familiar fue Faustina, que se casó con un carbonero y vivía dos leguas más allá de la puerta de Monzón, en la zona norte de la ciudad. Además, hubo otros tres hermanos, dos varones y una hembra, que fallecieron siendo niños.

—¡Así que ayer vino el Rey intruso y hoy se van sus soldados! Todo se ha hecho con muchas prisas, ¿no? —comentó Marcos.

—Sí, pero no se van de vacío —informó Tomás el Macero—. Les ha dado tiempo a saquear la Catedral; se han llevado el cuadro La fontana, que es una obra muy importante y estaba en la capilla de San Jerónimo.

—¡Una faena más de esos franceses ladrones! —dijo Luis, escupiendo al suelo con rabia.

—¡Ya lo creo que ladrones! —corroboró un aprendiz de sastre, que permanecía de pie junto a la barra—. Todo lo que ven con los ojos, lo cogen con las manos.

—Sí, al principio de estar aquí, en el Ayuntamiento robaron mazas, escudos, collares de plata... Y en el oratorio, un cáliz y una patena —lamentó Tomás el Macero.

—Es lo que han hecho desde que llegaron, adueñarse de lo ajeno. En mi barrio, tuvieron que tapiar la puerta de la Ermita de la Cruz para que los soldados no destrozaran los Pasos de Semana Santa —lamentó Alfonso el Escribano, que vivía frente a San Pablo.

—¿Y quién podía impedirlo? —preguntó el padre de Marcos desde detrás de la barra—. Quien lo hiciera, sería otro más de los apaleados, degollados o fusilados por enfrentarse a ellos.

Nadie podía impedir que se cumpliera la voluntad de los franceses. Habían pasado cinco años desde que llegaron, y a Marcos le parecía que había vivido media vida bajo su bota opresora y devastadora. Un mes después de que se presentaran los primeros en Palencia, mandaron a otros 600 soldados. Tomás el Macero aseguró que venían enfermos de sarna y resultó ser cierto, porque habilitaron el antiguo Hospicio de la calle Mazorqueros para hospedarlos y el Ayuntamiento decretó que, desde Cantareros aguas abajo hasta la muralla, no podían hacer la colada las vecinas, aquel lugar solo se usaría para lavar ropa francesa infectada de sarna; las lavanderas de la ciudad ocuparían el espacio desde Cantareros aguas arriba. María, la mujer de Marcos, se lo comentó un lunes cuando volvió del río con la colada hecha.

María era la menor de una familia de 10 hermanos y su padre trabajaba en un taller de lanificio en la planta baja de un edificio del barrio de la Puebla. Vivieron en el barrio del Mercado Viejo, el del Andrajo, hasta que las hijas se fueron casando y los hijos encontrando trabajo, lo que mejoró la situación económica familiar y les permitió abandonar aquel barrio de vecinos pobres, y trasladarse a una vivienda de la calle Mazorqueros. Cuando Faustina, la hermana de Marcos, contrajo matrimonio, abandonó el trabajo en la posada y la sustituyó María, que tenía entonces 16 años y resultó ser trabajadora, limpia y formal. Todo ello, unido a sus ojos negros, vivos y hermosos, motivó que Marcos la considerase buena candidata para ser su esposa. Y no se equivocó: era buena esposa, buena madre y buena trabajadora. Su trabajo aumentó cuando la madre de Marcos empezó a tener problemas de salud, que se fueron agravando poco a poco y llegó un momento en el que no podía realizar esfuerzos porque le causaban fatiga y ahogo. Tuvo que dejar el trabajo duro de la cocina en manos de María, y dedicarse a pelar pollos, pichones y patatas, remover las cazuelas, vigilar a la nieta, que permanecía en la cocina dentro de un cesto de mimbre... Antes de que los franceses llegaran a Palencia, las numerosas comidas y cenas que servían convertían a la taberna en un negocio rentable, pero la presencia del ejército de Napoleón en la ciudad provocó que disminuyera el número de viajeros y se redujeron los ingresos. Además, los franceses requisaban todas las existencias y había dificultad para conseguir víveres. Pero todo ello no fue nada comparado con el drama familiar: la abuela fue una víctima más de los franceses.

—Yo no creo que se vayan. Aún recuerdo cuando aquí, en la taberna, en el año 8 Tomás nos contó que el General Castaños los había derrotado en Bailén —dijo Luis.

—Y era cierto, los derrotó. Y al mes siguiente, no quedaba ni un francés en Palencia —se defendió Tomás el Macero.

—Lo que quiero decir es que se fueron los franceses, estuvieron fuera tres meses, nos esperanzamos todos y luego fue peor. ¿Lo recuerdan? Perdieron la batalla de Gamonal en noviembre y ¡hala, a Palencia otra vez! Por eso digo que no me fio —insistió Luis.

—¡Hombre de poca fe! Piense que su rey ha abandonado Madrid y se han llevado el cuadro de la Catedral, no se habían atrevido nunca a tanto —arguyó Alfonso el Escribano.

—¡Bueno! ¿Ya no se acuerdan de que cuando se fueron, después de lo de Bailén, dejaron destrozado el convento de San Francisco? —protestó el aprendiz de sastre.

—¡Es cierto! Yo lo vi, habían arrancado las puertas, las ventanas y las vigas del techo para calentarse —recordó el yesero.

—Pueden estar ustedes seguros de que se han ido definitivamente, lo del cuadro ha sido su última fechoría —aseguró Tomás el Macero.

Fueron muchas sus fechorías. En la taberna, además de sufrir la subida de impuestos como consecuencia de aquella invasión, tuvieron que soportar que les expoliaran. Entraron por el corral que, como era habitual en todas las viviendas, permanecía siempre abierto. En carros requisados se llevaron todo lo que encontraron: las gallinas, los conejos, los tres cerdos que engordaban para la matanza e incluso la paja, la cebada y la comida de los animales. Luego, accedieron a la cocina por la puerta que comunicaba con el corral, y allí arramblaron con las orzas llenas de lomo en manteca, los sacos de patatas, las legumbres y los odres de vino. No se llevaron el carro ni el macho porque Marcos había ido a comprar harina a uno de los molinos que había al otro lado de las Puentecillas. Cuando volvió, lamentó haberse ausentado, porque se encontró con el drama familiar y pensó que, de haber estado allí... Fue su padre quien le informó de que, cuando los soldados entraron al corral y comenzó el expolio, la madre se opuso, les gritó que los iban a arruinar y que no podían llevárselo todo, e intentó impedirlo arrebatándoles, en vano, lo que les robaban. Sabía que debía evitar los esfuerzos, pero no se reprimió de forcejear con los franceses. Y cuando uno de ellos agarró a María por detrás, manoseándole los pechos, la abuela se dedicó a darle puñetazos en la espalda. El soldado se giró, le pegó un golpe en la cara y ella cayó desvanecida. Marcos nunca perdonaría a los franceses aquella muerte, les culpaba de lo ocurrido y no podía evitar la rabia y el odio que le embargaban cuando se encontraba con uno.

Doloridos por la pérdida, Marcos y su padre siguieron trabajando en la taberna y María en la cocina. Tras el expolio por parte de los franceses, Marcos buscó la manera de seguir ofreciendo el servicio habitual a sus clientes. Por caminos intransitables y de madrugada, se desplazaba hasta Dueñas, donde su cuñado le proporcionaba odres de vino y aguardiente, con el riesgo de que los franceses le sorprendieran y se lo requisaran. Otro cuñado, el marido de Mónica, le proveía de quesos. Para evitar problemas ante una nueva visita de los franceses, los odres y el queso no los guardaban en la bodega sino en un cuarto que se encontraba en el piso de arriba, sobre la taberna. En la despensa, junto a la cocina, se dejaban los escasos víveres que María conseguía de buena mañana en el mercado.

—Yo tampoco me fío de que se hayan ido definitivamente. No entiendo la buena fe que tienen ustedes —dijo un mancebo de botica, con un vaso de cerveza en la mano—. Tiene razón Luis, el año pasado se marcharon por lo menos en nueve ocasiones y siempre volvieron.

—Sí, y cuando se fueron en julio, se llevaron a los rehenes y ustedes decían también que no volverían, pero ¡ya lo creo que volvieron! —recordó Luis.

—Y volvieron a irse en septiembre y se llevaron la plata del Ayuntamiento y de las iglesias, y los relojes de San Pablo y de San Francisco —insistió el mancebo—. Así que, si ahora han robado el cuadro de la Catedral, eso no significa nada.

—Y que no pase como entonces, que marcharon por la mañana y a mediodía ya estaban aquí los ingleses para ocupar los lugares dejados por los franceses— protestó el padre de Marcos.

—Son todos de la misma pasta. —aseguró un peluquero que se encontraba sentado a la mesa junto al mozo de cuerda—. Los ingleses, lo primero que hicieron al llegar fue pedir 2.500 raciones de pan y 300 fanegas de cebada.

—Y total, para nada, porque al mes siguiente teníamos aquí a los franceses otra vez —renegó Luis.

Aquella vuelta de los franceses resultó, quizás, la peor. Fue también Tomás el Macero quien informó en la taberna de que el Ayuntamiento se había enterado de que regresaban los soldados y había decidido derribar las murallas de la ciudad para que los gabachos no se sintieran seguros dentro. Se convocó a los vecinos en las eras de Santa Marina para empezar la demolición, pero no hubo tiempo, los hombres de Napoleón llegaron antes para seguir dificultando la vida a los palentinos. Todos guardaban agravios de los franceses en la memoria porque les habían saqueado las viviendas, robado los ganados, matado a conocidos y familiares y, sobre todo, porque se sabían impotentes y no les quedaba otro remedio que aceptarlo. Con los dientes apretados y rezumando rabia y odio, pero había que aceptarlo. Marcos también. Lamentaba que su madre no hubiera conocido a los tres hijos que María y él habían tenido después de su muerte; el último, el chico, tenía casi un año y, después de las tres chicas, había llegado por fin un varón para gestionar la taberna algún día. Eso, si seguían todos con vida y la taberna en funcionamiento; confiaba en que algún día conseguirían librarse de los gabachos. La solución podía ser que los ingleses consiguieran echarlos, pero, de momento, no habían tenido mucho éxito.

Y las oraciones y las procesiones tampoco servían de mucho. Él solo había asistido a una procesión, fue en el año 8, cuando trascendió que en Madrid los franceses habían provocado una escabechina. Temiendo que ocurriera lo mismo en Palencia, se sacó a la Virgen de la Calle en procesión y se llevó después hasta la Catedral para hacer allí una novena pidiendo ayuda al cielo para librarse de los intrusos.

Aquel día, Marcos dejó solo a su padre en la taberna; apenas había clientes porque, como él, todos los palentinos querían asistir al acto. Se fue hasta los Cuatro Cantones, donde la gente esperaba para ver pasar a La Morenilla, y, cuando apareció por allí un oficial francés, todos se lanzaron contra él, que se refugió con su escolta en el Ayuntamiento.

Aquello fue inolvidable; Marcos, como todos los asistentes, guardaba en la memoria lo sucedido aquel día. No olvidaba que el general Tordesillas, que vivía en la calle Don Sancho y había presenciado lo ocurrido, salió al balcón de su palacio gritando «¡Viva Fernando VII!» y animó a los vecinos a ir al convento de San Francisco, donde los franceses tenían su cuartel.

«El pueblo necesita siempre un guía», decía Alfonso el Escribano dos días después de los sucesos, y todos estaban de acuerdo en que el general Tordesillas lo era, así que los palentinos asaltaron San Francisco e hicieron rehenes. Y, una vez que se había iniciado la revuelta, la gente quería más y saquearon una tienda de navajas y cuchillos para recorrer la ciudad buscando afrancesados. Marcos lamentó que mataran a José, el fabricante de harinas de Monzón, que comía en la taberna cuando iba por Palencia. La razón fue que abastecía a los franceses, pero Marcos sabía que era por causas de fuerza mayor, José no era afrancesado. —Pero, ¿por qué tanta prisa para irse? —se preguntó el peluquero.

—Napoleón necesita los soldados para ganar la guerra de Rusia —aseguró Tomás el Macero



—¡Así que también está en guerra con Rusia! —se extrañó el mozo de cuerda, que liaba un cigarro.

—Está en guerra con todo el mundo—resumió Luis.

—Se necesitan muchos soldados para guerrear con media Europa —aseguró Alfonso el Escribidor.

Napoleón los tenía, disponía de un ejército enorme, pensó Marcos: si en Palencia había habido tantos, y eran los que sobraban en Valladolid, ¿cuántos hombres componían su ejército, que ocupaba media Europa? Pero no le importaba lo que ocurría en el resto del mundo, lo que le preocupaba era que los malditos gabachos habían destrozado la ciudad, la economía y las familias; la suya también. Y pudo haber sido peor si...

Fue un atardecer de finales del año 8, entonces María estaba preñada. Marcos se dirigió a la cocina para pedirle una ración de queso, que un cliente había solicitado. Cuando entró, descubrió a su mujer aprisionada contra la pared por un soldado que tenía la rodilla sobre la barriga donde crecía su hijo, una mano tapándole la boca y la otra bajo falda, mientras, a través del vestido rasgado, le besaba el pecho de donde mamaría su hijo. María gruñía forcejeando, pero el francés era más robusto y tenía más fuerza. En silencio, Marcos se acercó a la mesa, cogió la piedra en la que se afilaban los cuchillos y navajas y golpeó con ella al francés en la cabeza. El soldado cayó desmadejado y Marcos observó que sangraba. María, que estaba llorando, se recompuso la ropa y se apartó de la pared, mirando al soldado con ojos desbocados. «Entró por el corral, es el que me agarró cuando tu madre...», susurró.

Marcos se dio cuenta de que lo había matado, pero ello no le produjo ningún sentimiento, se limitó a buscar una solución. Fue resolutivo, cogió el trozo de sábana vieja que María usaba para limpiar la cocina y le oprimió al francés la herida sangrante de la nuca. «Tenemos que sacarlo al corral», le dijo a su mujer, mientras observaba a su hija, el único testigo posible de lo ocurrido, que permanecía dormida dentro de su cesto de mimbre.

María observó que, al soltar su marido el trapo que presionaba sobre la herida del soldado, la sangre caía al suelo. Se rasgó un trozo de la enagua y aseguró la tela de fregar sobre la herida, sujetándola con un vendaje que improvisó rodeándole la cabeza al francés con la tira de la enagua. Marcos agarró al muerto por los sobacos, le indicó a María que lo hiciera por los pies y, entre los dos, lo sacaron al corral y lo metieron al pajar, donde apenas quedaban dos cestos de paja que dejaron los franceses. Cerró el portón del corral y la puerta por la que se accedía desde él a la cocina. «Mientras estén los franceses en Palencia, hay que cerrar siempre», le dijo a María. Volvieron a la cocina y ella intentó limpiar la sangre del suelo, pero en el piso de tierra apelmazada era imposible hacerla desaparecer. Marcos cogió la jarra llena de vino que estaba sobre mesa y tiró su contenido sobre la mancha. En aquel momento, entró su padre en la cocina. «¿Qué pasa con el queso? Dice el hombre que te lo ha pedido hace ya un rato». «He ido a la cuadra a orinar», se excusó Marcos. María se dispuso a preparar lo pedido y el abuelo, antes de salir de la cocina, vio en el suelo la mancha de vino. «¿Que ha pasado ahí?», preguntó. «Nada, que se me ha caído la jarra», contestó su hijo. El abuelo volvió a la taberna sin comentar más y Marcos le siguió con el queso, pensando que debía encontrar una solución. Cuando cerró la taberna a las 10, que era el horario de invierno, ya había decidido que tiraría al francés al río. Lo había meditado y tenía preparados todos los detalles, no habría problemas.

Después de cenar esperó a que su padre subiera a acostarse e hizo tiempo hasta las 12, hora en la que se apagaban los faroles de aceite de las calles principales. Las más modestas quedaban a oscuras a las 10 y media, pero el trayecto que pensaba recorrer le llevaría por calles principales del centro de la ciudad: siguiendo su calle, al llegar a los Cuatro Cantones pasaría junto al Ayuntamiento, luego por delante de la iglesia de la Virgen de la Calle y al final, cruzando la Calle Mayor, saldría por el Portillo de Doña María y llegaría hasta el Carrión. Afortunadamente, la

muralla que rodeaba toda la ciudad se interrumpía a lo largo del recorrido del río.

Marcos colocó en la base del carro la tela embreada que cubría la jaula donde estuvieron los conejos, para evitar manchas de sangre en la madera. Subió al francés al carro con la ayuda de María, que lo hizo con más voluntad que eficacia, y cubrió el cuerpo con la paja sobre la que habían dejado al francés, que se veía manchada a pesar de la oscuridad de la noche. Luego, ocultó la carga echando encima el estiércol que había en la cuadra del macho. Si alguien le paraba y deseaba saber lo que portaba, contestaría que estiércol; el olor lo corroboraba y a nadie se le ocurriría escarbar entre la carga para comprobar que decía la verdad.

Mientras caminaba agarrado a la cabezada del macho, pensó que era una buena noche para lo que tenía que hacer: el cielo estaba nublado, la oscuridad era total y el ruido de los truenos impedía escuchar el sonido de las ruedas del carro pasando sobre las calles. Los faroles se habían apagado a media noche y, dado el tiempo desapacible y lo avanzado de la hora, no se encontró con nadie.

Cuando llegó al río, descargó el cuerpo y lo empujó para que bajara rodando hasta el agua. Cuando escuchó el chapoteo del cuerpo al caer al río, tiró también el estiércol y la paja, y se deshizo de la tela embreada. Comenzó a llover cuando iba de regreso y continuó su camino tranquilo, dejando que el agua otoñal le mojara. Si tengo sangre del francés en la ropa o en las manos, la lluvia me limpiará, se dijo. Cerca de los Cuatro Cantones, le pareció que un hombre caminaba hacia él, pero, al llegar a la altura del Ayuntamiento, cambió de rumbo y giró por la esquina. Marcos se abrió la chaquetilla y se palpó la navaja que llevaba en la faja por si fuera necesario. Cuando llegó al lugar donde el hombre había desaparecido, oteó en la oscuridad sin detenerse y no lo vio, podía haberse escondido en cualquier portal. Todos eran sospechosos, algunos vecinos tenían dificultades para conseguir alimentos y se daban casos de hurtos, amparados por la oscuridad. El aguacero arreció y, cuando llegó a casa, estaba empapado. Metió el macho en la cuadra y dejó el carro en el corral; si quedaba en él alguna mancha de sangre, la lluvia se encargaría de borrarla.

María se había acostado y Marcos creyó que estaba dormida, puesto que permaneció en silencio mientras él se desnudaba y se metía en la cama. Pero, en cuanto estuvo a su lado, ella susurró, «¿Ya está?». «Ya está», contestó él. María se echó a llorar. «¿Qué vamos a hacer?». «Nada, ya está todo hecho. Y ahora, olvida lo que ha pasado». «¿Dónde...?», preguntó ella, pero Marcos no quiso contarle nada, era mejor que su mujer lo ignorara, así no podría decir nada si alguien le preguntaba.

Le costó dormirse. Era la primera vez que mataba a un hombre y su intención no había sido quitarle la vida al francés, pero acabó reconociendo que no se arrepentía de lo hecho. A la mañana siguiente, madrugó más que otros días y bajó al corral a ver si en el carro quedaba algo de sangre. Si lo hubo, la lluvia de la noche se había encargado de limpiarlo. Salvo la mancha del vino derramado sobre la sangre del suelo de la cocina, no quedaba ningún rastro del francés muerto. Entró en la cuadra a evacuar y, cuando volvió a la cocina, se sorprendió al ver allí a María. «Pensé que estabas dormida», le dijo. «Me he levantado detrás de ti. Escucha, Marcos, tenemos que confesarnos». Él estuvo de acuerdo y le dijo que, en cuanto preparase los desayunos, se fuera a confesar antes de la primera misa de la mañana, ya iría él después. El tiempo que María estuvo en la iglesia, Marcos lo pasó mirando a la puerta y temiendo ver aparecer allí a don Ignacio. O a algún francés... ¿Y si al cura se le ocurría denunciarles? Aunque, si se enteraba de lo ocurrido por la confesión de María, don Ignacio tenía la obligación de guardar el secreto... Al fin regresó su mujer. «Me he quedado a misa para comulgar. Y me ha dicho don Ignacio que vayas», le informó en voz baja, aunque no había nadie más que ellos en la cocina, puesto que el abuelo se encontraba tras la barra del bar.

Habían pasado más de cuatro años y Marcos recordaba cada una de las palabras que le dijo el cura: «Cuando Dios dice No matarás, no se refiere a matar a un francés, porque eso es un acto patriótico y de fe para defender a la patria, a los españoles y a la religión católica». Marcos estaba sorprendido, no podía creer que don Ignacio le dijera aquello, y quizás el cura observó en él algún gesto de sorpresa o incredulidad, porque le explicó:

«El nuevo Rey ha mandado cerrar muchos conventos; en Palencia, les ha tocado echar el cierre a San Francisco, Santo Domingo, Carmelitas, San Juan de Dios y los Descalzos. Y por si fuera poco, también ha confiscado sus bienes. ¿Tú crees que eso puede agradarle a Dios Nuestro Señor? Por eso te digo que tu acto ha sido en defensa de la religión, de la patria y del hijo que tu mujer lleva en su vientre. Ego te absolvo a peccatis tuis... ». Marcos lo recordaba bien: volvió a casa sonriendo y, cuando se encontró con María, se abrazaron los dos. Nunca más volvieron a hablar de lo ocurrido y ella parió seis meses después a su segunda hija.

—¡Se han ido los gabachos! —gritó Faustino, desde la puerta, creyendo que su información era una primicia.

Faustino trabajaba en una tahona frente a San Francisco y todos los días, al anochecer, pasaba por la taberna antes de dirigirse al trabajo.

El barullo general que siguió a sus palabras le hizo comprender que su noticia no era ninguna novedad.

—Pues yo no me creo que se vayan para siempre —insistió Luis

—Puede estar seguro, han tirado un perro muerto al pozo de San Francisco, de donde ellos bebían —le informó Faustino

—¡Qué malnacidos! El agua de ese pozo va a estar mucho tiempo ponzoñosa

—aseguró un platero, que permanecía junto a la barra.



—Entonces, podemos estar seguros de que se han ido definitivamente, el agua tardará mucho tiempo en volver a ser potable —dijo Alfonso el Escribano.

—Si han echado a perder el pozo... Al final tendré que darles a ustedes la razón —concedió Luis.

—Ahora es cuando hay que hacer una fiesta, se han hecho muchas en estos años y todas sin motivo —comentó el mancebo.

Si, se habían celebrado fiestas. La primera fue poco antes de que llegaran los franceses, el rey Carlos abdicó en su hijo Fernando y, cuando se enteraron en Palencia, repicaron las campanas de las iglesias y la Catedral, y hubo hogueras y fiesta hasta las 10 de la noche.

Se organizó también una fiesta cuando se anunció que llegaría José I a Palencia, que viajaba de Madrid a Francia. Fue antes de que el pueblo le llamara El Intruso, entonces aún pensaban que sería un buen rey. Para recibirle, se colocaron arcos en la Puerta del Mercado, iluminaron plazas y calles, adecentaron fachadas, hubo fiesta y jolgorio... Pero, al final, ni siquiera paró en Palencia, lo hizo en Dueñas.

Resultó mejor la que se celebró con motivo de la aprobación de la Constitución por las Cortes de Cádiz. Ocurrió el año anterior, en el 12, y el Sr Obispo declaró que la nación española recobraba sus derechos y la soberanía nacional y organizó volteo de campanas y recorrido de las autoridades por las calles hasta la Catedral, donde se celebró misa solemne y Tedeum. Hubo también novillada, y después baile, donde se invitó a los palentinos a refrescos, ponche, chocolate y tarta.

Sí, Marcos también lo creía, todo apuntaba a que se habían ido definitivamente, así que, seguramente, se celebrarían festejos en la ciudad. Por fin volvería todo a la normalidad, el negocio florecería como antes de la llegada de los gabachos y María necesitaría ayuda para encargarse de los hijos, la casa, la colada y la cocina, Marcos vería crecer a sus cinco hijos y los que vinieran después, criarían de nuevo cerdos, conejos y gallinas en el corral, el pajar tendría paja y grano de nuevo, y en la despensa habría aceite, vino, manteca...

No lo pensó dos veces, gritó a los parroquianos que se encontraban en su taberna:

—¡Señores! ¡La casa invita, vino para todos!